Tom. II. Num. 38. —97— 31 de Diciembbe de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Abusos de la nariz.

Hácia el comedio de la cara, un poco mas arriba de los bigotes, entre carrillo y carrillo, y á mitad de camino como vamos de oreja á oreja, plantó la mano del Omnipotente una protuberancia algo visible en los chatos y escesivamente notable en los que desearian serlo. En esta protuberancia encerró el órgano incomprensible del olfato, cual centinela avanzada del estómago, y allí lo puso sobre la boca, para dar testimonio de la bondad de las tajadas y tragos, y conceder ó negar la entrada segun traiga ó no cada manjar sus papeles en regla, á guisa de alcalde de barrio ó de aduanero fronterizo. Pero así como la susodicha protuberancia recibió estos dos cometidos ú oficios, que modernamente llamariamos *misiones*, quedó encargada tambien de servir de desaguadero ó letrina de los ojos; porque escremento de los ojos es, oh lector cándido, aquello que estrepitosamente estraes cada y cuando desabrochas el pañizuelo y te tapas con él la cara. Por último, armó el Criador las entradas ó ventanas de la propia protuberancia con agudos y recios pelos, estacada dó no penetra el volador insecto que pretendiera acaso hacer el nido en aquellos cóncavos oscuros.

Si no miente mi fisiológica erudicion, creo que á estas funciones y á la de prestar algun adorno al rostro está limitada la condicion material y social del bulto referido, que el vulgo conoce por el nombre pedestre de nariz, y al cual nosotros, la gente de letras, solemos aplicar la misma denominacion en plural, sea en el sentido recto, sea en el figurado.

Como el oficio principal de este órgano visible se egerce invisiblemente, por residir su busilis en la parte interior, no se ofrece obstáculo alguno para que su forma esterior varie al infinito, segun la habilidad ó el capricho de cada padre y madre, ó segun las caidas ó capirotazos que cada individuo vaya recogiendo por esos mundos de Dios, que no le faltarán á poco que se descuide. Por lo tanto, sin que de ello se resienta el órgano consabido, ni sufra demasiado, generalmente hablando, la armonía de las facciones humanas, encontramos á cada paso narices chatas como altramuces, agudas como epigrama de hambriento, remangadas como hábito de cocinero de frailes (cuando los habia, se entiende, y tenian hábitos y cocina y qué cocinar), magnas como san Basilio, en diez-y-seis-avo como novela traducida, blancas como palomas, moradas como el pendon de Castilla, y hasta pias como caballo de niño mimado. Otros articulistas de narices, siguiendo la huella de nuestro inmortal Quevedo, han dicho ya cuanto cabe en prosa y verso acerca de estos varios accidentes narigales, escitando (esta era su piadosa intencion) la cólera de mas de diez atrabiliarios, que en cada artículo de narices devoran una personalidad, porque no son capaces de ver mas allá de donde alcanzan las suyas. Dejaré pues, como punto suficientemente discutido, esto de tamaños y colores, y con permiso de los que puedan ofenderse de mi atrevimiento, entraré en el campo todavia vírgen de los abusos que con la nariz se cometen.

Hay percances transitivos, esto es, percances cuyo impulso nace de un individuo y refluye necesariamente en otro individuo diverso, quedando el primero libre é incólume y mas ó menos lastimado el segundo. Entran en este número aquellos que la torpeza, la depravada intencion y hasta el egoismo están produciendo todos los dias. Y para que el lector poco avisado no se esté dando de calabazadas en valde, pondré algun ejemplo de estos tales abusos transitivos.

Abusa de mas de cuatro narices, hiriéndolas mas ó menos mortalmente, la débil viejezuela que, armada de un paraguas de cinco leguas de diámetro cuyos bordes y puntas andan constantemente al exacto nivel de las narices propias de las personas ni altas ni bajas, que son las mas, sin reparar los destrozos que va causando, sigue impávida su línea recta con una tenacidad que de heróica pudiera calificarse. Verdad es que no hay vieja que no se crea dueña de la acera y de la calle, y que no desprecie á los que pasan, á los que pasaron, á los que pasarán y á los que pueden pasar.

Abusa de ocho ú diez mil narices, segun sea la concurrencia en el paseo, la elegante damisela que, por moda ó por necesidad de tapar algun hedor indomable que trasuda ó le mana de algun lado, se carga la ropa, ó el pelo, ó el pañuelo de esa maldecida confeccion moderna, llamada miel de Inglaterra, y que es pura y simplemente una variedad de la especie almizcle, que, segun Hoffman, hace huir al mismo diablo.

Abusan los taberneros que frien en detestable aceite á la puerta de sus establecimientos, los carpinteros que calientan la cola en medio del arroyo, las castañeras, los molenderos de chocolate, los que encienden el fósforo pestilencial para quemar el hediondo cigarro de á seis maravedís, las pollerias, de las cuales procede, sobre todo en tiempo

de calor, la nauseabunda emanacion de los corrompidos despojos; pero abusan tantos otros y tantos, que fuera no acabar el sacarles á todos á la colada.

Porque al enristrar la péñola, oh lector condescendiente, ha sido mi esclusiva intencion tratar de aquellos abusos que llamaré *reflexivos* por recaer la accion sobre el individuo que la egerce, así como llamé *transitivos* á los que pasan desde el abusador al abusado; logrando de este modo suministrarte como de paso una tinturilla modesta de mis profundos conocimientos en gramática.

Hay hombres que se dan tono á costa de sus narices; es decir, hombres que no tienen otro medio de hacer papel sino el de atormentarse la trompa. Verbigracia: llega de Filipinas en ciento treinta y siete dias de navegacion la fragata *Sirena*: á los veinte y cinco, cuando mas, vereis á don Onofre que era buen mozo hace diez y siete años y literato hace nueve, sonarse los mocos quinientas veces en las doce horas útiles, si antes de la llegada de la fragata se los sonaba solo diez ó doce, como se suena el vulgo. Y ¿porqué así? Por que el tal don Onofre ya no es ni buen mozo, ni literato, y necesita ser algo para papelonear, y ahora (¡oh flaqueza y deleznabilidad de las glorias humanas!) se contenta con ser el primerito que usa los pañuelos chinos que acaba de traer de Manila la fragata *Sirena*.

Pues, ya que la palabra *literato* acabo de estampar ¿qué podré decir que él mismo no diga, de aquel público escritor, que asiendo la pluma con la derecha y colocando la nariz entre el índice y el pulgar de la izquierda, no pone una frase en el papel sin el sendo tiron de narices, que parece que se las vaya afilando para ordeñar mas fáciles las ideas de su desvirtuado cacúmen, y está sin cesar, tira que tira y soba que soba, hasta que dan fin ó la tarea, ó el papel, ó lo que es mas frecuente las ideas?

Por no remover los estómagos susceptibles, pasaré por alto á aquellos individuos, víctimas infelices de su pasion á la estatuaria, que dia y noche sin sosiego ni descanso, se barrenan las narices para obtener ciertos productos medio secos, á que dan luego varias y caprichosas formas con los dedos, arrobándose y estasiándose en esta maldecida operacion, cual pudieran al escuchar las melancólicas armonías de Mozart, ó los desgarradores ayes de Desdémona y de Norma.

Citaria tambien, y no lo haré por no ser pesado, á los que dejando cuatro sentidos cesantes, tienen concentradas todas las sensaciones en el del olfato, y huelen la camisa que se van á poner y la silla en que se sientan, y el paño que compran para una capa, y el aire para saber si llueve, y la llave de la puerta para conocer si vino alguien, y nunca hablan sino del hedor de los pasillos del teatro, y del aroma que sale de casa de Fortis, y del que exhalan las rejas de las hondas cocinas de las casas de mi flor. Estos hombres narices son mas numerosos de lo que tú crees, lector benévolo, y á poco que observes, ahí te los encontrarás como llovidos.

Concluiré mi desapacible artículo volviendo la atencion á esa mayoría inmensa de gente tabacosa, que otro Dios no conoce, ni otro afan, ni otra delectacion que el incomprensible frenesí de meterse á cada triquitraque en ambas las ventanas aquellos átomos negros, comprados á buen precio, que si en el principio de su uso pudieron cosquillear agradablemente el olfatorio sentido, no sirven al cabo de algun tiempo mas que para atiborrar el conducto de la respiracion, producir un delicioso gangueo artificial, dar al público el espectáculo risible de una gota de color de ámbar en la punta de la nariz suspendida, y que al cabo cae en la pechera ó en el plato, que es peor; ó el otro espectáculo aflictivo de un pañuelo oscuro (claro daría márgen á correr), en cuyos senos confusos... tranquilizaos, lectores, no digo mas.

Compadezcamos á esos infelices que no pueden pasar agradablemente sus horas sin el auxilio de su nariz, que en la nariz ponen su vida y abusan de ella en todo momento, sin acordarse siquiera de que no poseen mas de una, por mas que algunos vanidosos repitan sin hallar contradiccion: oh! tengo yo muchas narices!

JULIAN MANZANO.

La invencion de las trabillas.

TRADICION DE LOS INFIERNOS.

Diz que allá, del otro mundo
en un lóbrego rincon,
de los precitos mansion
por lo estrecho y por lo inmundo;
en una noche de truenos,
en que llovian saetas,
y nevaban bayonetas,
y granizaban barrenos;
citados *en toda forma*
comparecieron á juicio
un bribon (sastre de oficio)
y un elegante *de norma*.
Y aclamaron los infiernos
como juez en la intentona
al MISMÍSIMO en persona,
con su rabo y con sus cuernos.
Dispensadas esta vez
las precisas de costumbre,
con infernal mansedumbre
dijo á las partes el juez.

EL DIABLO. «Para que pueda en conciencia
suum cuique tribuere jus,»
(el diablo en latin!! Jesus!!!)
para dar una sentencia
conforme con la justicia,
pronunciad un juramento
de hablarme sin fingimiento,
sin engaño y sin malicia.

EL PETIMETRE. Juro decir la verdad,
y si la verdad no digo,
que me suceda en castigo
la mayor calamidad.
Y será la mas completa,
que se me afloje el corsé
en medio de una *soirée*..

EL DIAB. Cómo?

EL. PETIM. Un baile de etiqueta!

EL SASTRE. Juro decir la verdad;
y si la verdad no digo
que me suceda en castigo
la mayor calamidad.
Que no pueda en todo un año
con el *rás* de mi tigera
mermar un hilo siquiera,
por tener tasado el paño.

EL DIAB. Ambos pretendeis tener
de una invencion el honor:
el verdadero inventor,
esto se quiere saber.
Y así conforme á derecho,
esponed vuestras razones,
para evitar confusiones
y dilucidar el hecho;
y pues hay constitucion
en vuestro pais natal,
sea este juicio verbal,
juicio de conciliacion.

EL PETIM. Como parte demandante,
yo don *Corpiño Elegancia*,
yo, que de la culta Francia
visto al uso rutilante;
vengo á esponer ante el trono
una inaudita maldad
que ataca la propiedad
de un caballero *de tono*.
Yo, profundo pensador,
que tanto pensé en la moda,
hasta ser de España toda
el petimetre mayor;
á costa de mil sudores
que mi frente han inundado,
obtuve por resultado
el primor de los primores.
Yo en el flojo pantalon
las trabillas inventé,
mas de sacar me olvidé
privilejio de invencion.
Y ese sastre inícuo y vil,
por mi pícara memoria
quiere usurparme esta gloria.....
¡oh usurpacion sastreril!

EL SAST. Alto, señor! — Yo el mas diestro
sastre que vivió en el mundo;
yo que en arte tan profundo
no reconozco maestro;
yo don Homobono Hilban...

EL PETIM. Suprima plebeyo, el don,
que esa es otra usurpacion...

EL DIAB. Al órden! — *dilin dalan.*

EL SAST. Yo de tan perfecta obra
soy el único inventor...

EL DIAB. Dadme las pruebas.

EL SAST. Señor,
ved que mi palabra sobra.

EL DIAB. No basta que lo digais:
si fué vuestra la invencion,
es de entera precision
que lo probeis... ¿Lo probais?

EL SAST. Yo lo probaré al instante.

EL PETIM. Probaré yo lo contrario.

EL SAST. Pícaro!

EL PETIM. Impostor!

EL SAST. Falsario!

EL PETIM. Usurpador!

EL SAST. Intrigante!

EL DIAB. Al órden! — *dilin dalan*
que llamaré al alguacil...

EL SAST. Es un embustero vil!

EL DIAB. Al órden, señor Hilban!

EL PETIM. El inventor yo lo fuí.

EL SAST. No que el inventor fuí yo.

EL PETIM. Pues yo sostengo que no.

EL SAST. Pues yo repito que sí.

EL PETIM. Vos mentís como un bellaco.

EL SAST. Vos sereis el embustero.

EL PETIM. Calle el sastre chapucero!

EL SAST. Calle el necio currutaco!

EL DIAB. Voto á mis cuernos... ¡cachaza!
ú os pondré, canalla loca,
unos grillos en la boca,
y en los piés una mordaza!

EL PETIM. Este juez está beodo!

EL SAST. Borracho como un inglés!

EL PETIM. Una mordaza en los piés!!!

EL SAST. Ha empinado mucho el codo!

EL DIAB. Oh! maldicion, maldicion!!!

EL SAST. Qué se le arrebata el vino!

EL DIAB. Voy á hacer un desatino,
sino prestais atencion!
Temed audaces, mi saña;
¿qué revolucion es esta?
bien mostrais ¡voto á mi testa!
que habeis nacido en España.
No he de admitir mas difuntos
que vengan de aquella tierra,
que me dan ellos mas guerra
que todos los diablos juntos.
No!! lo juro por mis cuernos...!
que hay español que se muere
solamente porque quiere
pronunciarse en los infiernos.
Pues ya tienen tres bemoles!
—Ola! guardias infernales,
nunca pasen mis umbrales
esos locos españoles!
Y tened listos los ojos,
que suelen venir á cientos

con estos pronunciamientos...
llaves echad y cerrojos!
Y vosotros, ¡juro á tal...!
si os rebelais otra vez...

EL PETIM. Sí, recusamos á un juez....

EL SAST. Que no está en juicio cabal.

EL PETIM. A un juez que segun las señas
no aprovecha para el paso...

EL SAST. Porque empina mucho el vaso
de Jeréz, ó Valdepeñas.

EL DIAB. Oh! qué torpes desatinos!
¿Valdepeñas ó Jeréz?

EL SAST. O Cariñena tal vez!

EL DIAB. Nunca he probado esos vinos.
Que en estos chiribitiles
solo hay vino de Falerno
que ha parado en el infierno
porque fué de los gentiles.
Tengo tres *ánforas* llenas,
que hallé en Roma en un palacio
con unos versos de Horacio
dirijidos á Mecenas...
Cuando Horacio las columbra
—*nunc est bibendum* esclama;
y cual si hablase á su dama;
—*pócula duces sub umbra.*
Ecce Falernum, le dice,
si á Virgilio encuentra al paso;
y este le responde acaso:
—«*sic vos, non vobis amice.*»
Y Horacio con amargura,
viendo sus *ánforas* llenas,
ya por su desdicha agenas,
—«*sic vos non vobis*» murmura.
Y al contemplarlas en alto,
se reclame el infeliz,
que le dan en la nariz,
y es imposible el asalto.
Que á tan estraños dolores
condenóle su destino
por tratar con Ligurino
pecaminosos amores.
—Pero, la cuestion no es esa.

EL PETIM. Yo con interés escucho...

EL DIAB. Siempre os interesa mucho,
lo que nada os interesa.
Volvamos al juicio en fin.

EL PETIM. Yo las inventé, ¡pardiez!

EL SAST. Es mentira señor juez.

EL DIAB. Al orden! *dalan dilin.*
Si he de averiguar el hecho
de las dos partes contrarias,
son las pruebas necesarias
para fallar en derecho.

EL PETIM. Yo daré pruebas al punto.

EL SAST. Pruebas daré yo tambien.

EL DIAB. Silencio! y quietos estén!
Hable uno solo.—Al asunto.

EL PETIM. Siendo, señor, las trabillas
por su elegancia y primor,
la maravilla mayor
de todas las maravillas,
y entre *las modas modernas*
la que puso á los varones
estirados pantalones
en las estiradas piernas...
¡Qué puntiagudo caletre,
qué alambicado magin
las imaginara sin
el genio de un petimetre?
A su genio peregrino
se debe tal invencion...
trabillas al pantalon
se las puso un lechuguino!
A ese pícaro arrapiezo,
porque me usurpa este honor,
será muy justo, señor...
ahorcarle por el pescuezo.

EL SAST. Las trabillas, señor juez,
son una nueva invencion,
que sostiene el pantalon
en continua tirantez.
Y es cosa visible á un topo,
que un cordel siempre tirante,
se rompe al mejor instante
como nos lo dijo Esopo.
Por ellas los pantalones,
aunque se ande con compás,
al mejor instante, *¡rás!*
se hacen cuatro mil girones.
Y no falta un guapo chico
que, merced á las trabillas,
se quedó como en cuclillas
al alzar un abanico.
Y un perfumado galan
que, entre damas con la prisa,
se vió de pronto en camisa
por cojer un tulipan.
Otro, que estrenó trabillas,
bajóse por su baston,
y á reir de la funcion
se asomaron las rodillas.
Risas al honor contrarias
del hombre segun mi cuenta,
que son del hombre en afrenta
las risas pantalonarias.
Y pues las trabillas son
causa siempre de un desastre
¿quién ha de negar al sastre
la gloria de su invencion?

Por lo tanto señor juez,
á ese impostor monigote,
pido que le den garrote
siquiera por una vez.

EL DIAB. Si pruebas alega el uno
pruebas ¡ ay ! alega el otro.....
la justicia está en un potro.....

LOS DOS. Quién tiene razon ?—*Ninguno !*

Esto lo dijo un abate
bailarin y regordete,
penetrando en el retrete
con su cara de tomate.
Quedó Satanás en babia
con el caso repentino ;
y el sastre y el lechuguino
se remordieron de rabia.
Mas el otro en jarras puesto,
colocándose en tercera
prorrumpió de esta manera
con avinagrado gesto.
« Yo el abate Pantorrillas,
como el único inventor,
vengo á reclamar, señor,
la gloria de las trabillas.
No las inventó ¡ por Baco !
sépalo en fin la justicia,
ni del *sastre* la codicia,
ni el primor del *currutaco*.
No..! ni el sórdido *interés*,
ni la *elegancia* gentil....!
que de invencion tan sutil
mas alto el orígen es.
¿ Quién tal primor ha inventado ?
¿ quereis saber la verdad ?
La estrecha necesidad...
de un hombre necesitado !
La necesidad en fin,
que es la mayor inventora...!
Y, si lo dudais, ahora,
lo demostraré en latin. »
Non sabibit abogatus
nunquam, quod ambrientum sabiat,
quia discurrit que rabiat
intelectus apretatus.
Ille qui trabillas gastat
cubrit rotum calzamentum
ergo meum argumentum
suficit atque rebastat!!!
Para no andar en pernetas,
dando al aire mis canillas,
inventé yo las trabillas
porque estaba... sin calcetas !
—*Bravo* ! con estruendo atroz,
gritó Satanás, y *¡bien!*
rompiendo en aplausos cien
todo el infierno á una voz.
Y del infierno en presencia
para dar ejemplo en él,
se alzó en su silla Luzbel
pronunciando esta sentencia
« *Al Abate Pantorrillas,*
como lo dirá la historia,
se debe... ¡mucha es su gloria...!

LA INVENCION DE LAS TRABILLAS !

Y, *agur*, con mesura en pos
dijo marchándose el diablo,
que él inventó aquel bocablo
para no decir *á Dios*.
Y—*ese juez es un bellaco*!—
no bien ausentóse el juez
prorrumpieron á la vez
el Sastre y el Currutaco.
Muera ! gritaron cien voces;
y otras cien lo repitieron...;
—*¡ Viva!* Los diablos digeron,
dando mordiscos y coces.
Y unos secundaron—*viva !*
y otros secundaron—*muera !*
quien—*adentro !* quien—*afuera!*
quien—*abajo!* quien—*arriba!*
Y al punto, de sus peroles,
al oler pronunciamiento
saltaron de ciento en ciento
toditos los españoles.
Y hubo mermas, y hubo creces ;
turron ganado y perdido,
y hubo, por fin, mucho ruido
siendo tan pocas las nueces.
Y fueron, con ser iguales
vencidos y vencedores,
los que cayeron, *traidores*,
los que se alzaron, *leales*.
Diz que á favor de la gresca,
mas de mil, entre el tumulto,
quisieron zafar el bulto
tierra buscando mas fresca.
Mas los guardias en sus puestos
alerta para un fracaso,
les atajaban el paso
con amenazantes gestos.
Y á la par que los precitos
su escapatoria buscaban,
los demonios esclamaban
con desaforados gritos:
Nulla es redemtio, señores,
y con sus tenazas fieras
zampaban en las calderas
á los locos desertores.
Resistieron...! todo en vano.
Los diablillos eran mil !

Solo entre tanto alguacil
escapóse... un escribano!
Este purgaba sus dolos
en unas grandes parrillas
que enrojaba de cuchillas
con sus mismos protocólos.
El ocultando su afan
midió la distancia un rato,
y con tres brincos de gato
dió consigo en el zaguán.
Y en diabólico tropel,
cuando escaparse le vieron,
uñas en ristre se fueron
todos los diablos tras él.
Y le dieron sendas cargas
con sus uñas de mil modos;
y él se defendió de todos
que eran sus uñas mas largas.
Y en medio de la reyerta
se les escapó de un brinco,
ganando con otros cinco
de los infiernos la puerta...
Y *adonde vas galopin*?
dijo viéndole Luzbel,
que se hallaba en el dintel,
ignorante del motin.
—Adonde vas desertor?
—A una cosa muy precisa.
—Dilo pronto.—Voy de prisa..,
que tengo que hacer, señor.
—Dime pronto, dónde vas?
clamó Luzbel con enojo
puesta la mano al cerrojo
para asegurarle mas.
— Voy á dar un testimonio..,
dijo—y le abrió Lucifer;
que escribano habrá de ser
quien se la pegue al demonio.
Y es fama que el buen curial
dióse á correr tanta maña,
que en tres minutos, de España
se plantó en la capital.
El anoche aunque de prisa,
esta historia me contó;
y en verso la puse yo
para estamparla en La Risa.
Si algun lector con empeño
me acusa de pesadez
ó si se duerme tal vez...
Dios le dé tranquilo sueño!
Mas volviendo á mi curial,
si cuando le encuentro á punto
—*Como vamos*? le pregunto,
siempre me responde—*mal!*
«Muchacho, (me dijo ayer)
no de escucharme te asombres;
que segun hallo á los hombres...
hacen bueno á Lucifer!»
«Me embisten los hombres ya;
que me parecen á mi,
mas locos ellos aqui,
que los demonios allá.»
«Yo me escapé de sus cuernos..,
pero al ver tan loco al mundo,
ya siento anhelo profundo
por volverme á los infiernos!»
—Yo le dije ¡caracoles!
cumplid intencion tan buena...
y el me contestó con pena:
—*ya no admiten españoles!!!*

E. F. Sanz.

MODAS INGLESAS DE INVIERNO.

(Winter english fashions.)

Dícese comunmente que la Inglaterra marcha al frente de la civilizacion europea. Y esto por qué? Porque los ingleses son los entes mas *estravagantes* del mundo. Ergo se deduce de esta verdad que la ilustracion es hija de las *estravagancias*, y que La Risa, enciclopedia de estravagancias es madre de la ilustracion. Es decir, que La Risa es el mejor periódico de España, al que toda persona decente debe suscribirse si quiere contribuir á la prosperidad de su patria y ponerla al nivel de la Gran Bretaña.

Dejaos pues, amabilísimos lectores de ambos sexos, de seguir las modas de Paris. Estravagancias hay tambien en Francia; pero no pueden ponerse en parangon con las de las ninfas del Támesis y de los elegantes de la soberbia Albion. Mientras los hijos del Sena se arropan y acurrucan ante las marmóreas chimeneas de los salones de Paris para precaverse de los rigores del invierno, los ingleses hacen alarde de sus brios y desafian con sus estravagantes modas las intemperies de a sañuda estacion.

Así que anochece, todos los elegantes de Londres se alijeran de ropa en términos que se quedan en camisa. Los hombres en camisa de hombre y las mugeres en camisa de muger, esplicacion indispensable, porque llamándose en inglés *Shirt* la camisa de hombre, y *Shift* la camisa de muger, no puedo yo traducirlo con la sola palabra de *camisa*, porque si se dijese que las mugeres van en *Shirt* y los hombres en *Shift*, se diria que los hombres van en camisa de muger, y las mugeres en camisa de hombre; pero *poniendo la cuestion en su verdadero terreno*, el resultado es que la última moda es no tener frio, y como el alumbrado de Londres está mandado recoger por ser cosa

muy antigua y de mal gusto eso de los faroles y del gas, los elegantes andan que beben los vientos por aquellas calles de Dios, con un candil en la mano, (*a Lamp*) como el *Gentleman* que ven vds. á continuacion.

La gente respetable sigue tambien esta moda, que parecerá inverisímil á los que no tengan un profundo conocimiento de las rarezas de los ingleses; pero si alguno de mis lectores no da crédito á las presentes líneas, puede tomarse la molestia de ir á Londres y como no encuentre á todos los elegantes en camisa, consiento en pasar yo por descamisado todo el resto de mi vida. Repito pues, que las personas de respeto van tambien muy sérias en camisa por las calles, y lo mas que hacen para calentar el cuerpo de vez en cuando, es detenerse en alguna taberna (*Public-House*) engullirse un cacho de queso (*a Bit of Cheese*) una patata (*a potato*) y luego *a Glass of Rum*, esto es, un vaso de ron segun manifiestan los siguientes figurines.

De este modo van matando el tiempo los tiernos esposos hasta media noche, que se reunen todos los elegantes en *Regent Street*, se zurran mutuamente el bullarengue, y se retiran calentitos y gordos cada mochuelo á su olivo, pero para meterse en la cama y conservar el calor, el esposo se viste de coracero con su espadon, su casco, su coraza, sus botas de montar con las correspondientes espuelas, y la amable esposa viste tambien su gracioso uniforme.

En esta forma se acurrucan entre sábanas diciendo ella *Good night my Love*, buenas noches mi amor, y él *Good night my Soul*, buenas noches alma mia, y al decir esto huelen á un tiempo un ramillete de ruda, (*a Rue Nosegay*) y se duermen como cachorros (*Son of a Bitch*).

La palabra ramillete; se compone en inglés de dos voces á saber: *Nose-gay*, nariz alegre, y vive Dios que si el ramillete es de ruda, como los que estan de moda en Londres, puede alegrar las narices, como los carros de Sabatini.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPIGRAMA.

Por ciertas cosas del dia
tocaban á generala,
y á un miliciano Pascuala
«ármate pronto», decia:
«Mi calma no te dé asombro»
—dijo el nacional taimado—
pues al verme yo á tu lado
siempre estoy... armas al hombro.»

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

AMBIGU.

Orejas de ternera rellenas y fritas.

Se prepara el fondo de una cazuela con lonjas de tocino, encima se ponen las orejas muy limpias y á medio cocer: se vuelven á cubrir con otras lonjas mayores, zanahorias, cebollas, un ramillete, y un limon cortado en ruedas delgadas; todo esto se sazona y se añade una mitad de caldo y otra mitad de vino blanco, dejándolas cocer á fuego lento y despues se escurren para echarlas relleno cocido y freirlas, habiéndolas empanado con huevos.

Manos de ternera fritas.

Preparadas y cocidas á punto, y cortadas en tiras de mediano grueso; se ponen las manos en un adobo de vinagre, y despues de escurridas se las mete en pasta de freir: se echan en la sarten, y se sirven rodeadas de peregil frito.

Manos de ternera al natural.

Se limpian y blanquean como la cabeza, se abren para sacarlas el hueso principal, y se cuecen en la olla, sirviéndolas con una salsa preparada con caldo, sal, pimienta, vinagre y yerbas finas.

Tambien se pueden aderezar con salsa roja de tomates, italiana etc.

Pecho de ternera relleno.

Se quita la estremidad de los huesos de los lados, se separa la parte de encima y la de debajo y en este hueco se introduce el relleno cocido volviendo á cocer las carnes se ponen así en el fondo de una cazuela con lonjas de tocino, y el pecho hácia arriba cubierto con otras lonjas: se añaden zanahorias, cebollas, un ramillete, sal y pimienta y la mitad de caldo y mitad de vino blanco, poniendo fuego lento por encima y por debajo: cuando ya esté cocido, se pasa el fondo y se añade un poco de caldo; se reduce, y se le añade un poco de sustancia ó zumo de limon.

Pecho de ternera helado.

Habiendo cortado el pecho en cuadro, se levanta lo que está sobre las costillas, se corta á lo largo cuanto es posible, se llena el hueco y se ata: despues se cuece con zanahorias, cebollas, un manojo de peregil, pimienta y sal, echándole uno ó dos vasos de caldo. Cocidas las legumbres se sacan, y el pecho un poco antes que esté perfecto el cocido: se pasa todo por un cedazo de seda, se desengrasa, y se reduce casi á gelatina, en la que se pone el pecho para que tome *color*; se le saca de la cazuela, se le *quita* del cordel, se colorea y se sirve con aderezo de legumbres, ó con cualquier sustancia ó salsa que se quiera.

Mollejas de ternera.

Se pican la mitad con tocino y la otra mitad con criadillas, y se cuecen como las mollejas de buey con criadillas, y se sirve con toda especie de salsas.

De otro modo en papel.

Se limpian y hacen pedazos, se cuecen del mismo *modo*, y se ponen en adobo; se hacen unas cajetas con papel fuerte para ponerlas en ellas, que esten bien impregnadas de manteca, derretida tibia, sobre la que se echa miga de pan; y colocándolas en las parrillas sobre cenizas muy calientes, se cubren por encima con una pala de hierro hecha ascua, o bien se ponen en el hornillo.

OBRAS SELECTAS

QUE PUBLICA LA SOCIEDAD LITERARIA.

La Risa, la Carcajada, la Galeria regia, el Tesoro de moral cristiana, la Historia de Espartero, y el nuevo catecismo de Ripalda. **Todas estas obras estan á cargo de los mas aventajados literatos de la nacion y han merecido los mayores elogios de la prensa periódica.**

MADRID.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.